

Esam Abou-El Magd

Roman

DAS ENDE DER TRÄUME IST ALLER ANFANG

Ein impressionistisches Märchen

Königshausen & Neumann



Esam Abou-El Magd

—

El fin de los sueños
es el principio de todo

Un cuento de hadas impresionista

Aviso legal

Información bibliográfica de la Biblioteca Nacional Alemana
La Biblioteca Nacional Alemana incluye esta publicación en la
; los datos bibliográficos detallados pueden consultarse en Internet a través de
<http://dnb.d-nb.de>.

© Editorial Königshausen & Neumann GmbH 2026
Leistenstraße 7, D-97082 Würzburg
info@koenigshausen-neumann.de

© Traducción Esam Abou-El Magd 2026

Impreso en papel sin ácido y resistente al envejecimiento
Portada: skh-softics / coverart
Imagen de la portada: imagen de portada basada en un diseño de Lisan Brandt
Ilustración del animal: artista anónimo

Esta obra, incluidas todas sus partes, está protegida por derechos de autor.
Cualquier uso fuera de los estrictos límites de la Ley de Propiedad Intelectual
prohibida sin el consentimiento de la editorial y es punible. Esto se aplica, en particular, a
las reproducciones, traducciones, microfilmaciones y el almacenamiento
y el procesamiento en sistemas electrónicos.

Impresión: docupoint, Magdeburgo
Impreso en Alemania

ISBN 978-3-8260-9584-9

www.koenigshausen-neumann.de
www.esam-abou-el-magd.de

www.ebook.de
www.buchhandel.de
www.buchkatalog.de

Contenido

I Prélude

II El hijo del sur

III Canciones sobre encontrar y perder

Epílogo

Lista de canciones

II/4

Por la noche te despiertas, alarmado por unos ruidos. Pero seguramente solo es el mar el que murmura. Te levantas, coges tus cosas para seguir tu camino. Caminas lentamente por la arena a la luz de la luna y ves a un hombre extraño que duerme allá arriba, junto a las dunas. Al seguir adelante, te sale al encuentro una liebre grande y muy hermosa. Las puntas de sus orejas son negras, tensas como velas. Te mira, luego salta con sus robustas patas traseras, te adelanta y sigue hacia el hombre. Y vuelves a quedarte solo, dejas tus cosas en la arena, te tumbas en la esterilla y te quedas dormido.

De repente, sientes cómo algo grande y pesado se acuesta a tu lado; un cuerpo que se acurruca contra ti. Una mano te acaricia cálidamente la cara, te rodea la mejilla. Con cuidado, te das la vuelta y abres los ojos.

Unos largos rizos rubios caen suavemente sobre un rostro apacible. Está muy cerca de ti, apoyando la cabeza con la mano, con el codo en la arena, mientras la otra permanece sobre tu piel. Entonces, una ráfaga de viento levanta el dobladillo de su camisa amarilla, dejando al descubierto su cintura por encima de sus pantalones de flores de colores, atados con un cordón. Contemplas esa franja de color marrón claro, su vientre, que se mueve

lentamente arriba y abajo, antes de que tu mirada vuelva a posarse en su rostro, en sus rizos, en su rostro. Sus ojos son de un azul muy intenso. Y aunque los tuyos se detienen en los suyos, ella no los cierra. Qué segura de sí misma es.

Suena un teléfono junto a ti, en la arena. Christiane contesta; oyes su voz. Te halaga, te cuenta lo mente enamorada que está de ti... Intentas convencerla de que se equivoca, de que solo se siente así porque ahora estás muy, muy lejos, de que antes no había sentido nada parecido, de que no *te* quería. ¿Te entiende?

La conversación no tiene fin; a veces hablas, pero sobre todo escuchas. Sin embargo, por suerte, sigues sintiendo a la sueca acurrucada contra ti. En algún momento le dices a Christiane que tú también sientes algo por ella. Y ella cuelga. Poco después oyes el ruido de un helicóptero en la oscuridad. Aparece detrás de la duna y aterriza directamente en la playa. Christiane sale sonriendo. Trae consigo a todos sus amigos. Te das cuenta de que lo debía de tener todo preparado, que solo estaba esperando a que dijeras algo así.

Christiane, tú y los demás estáis sentados alrededor de una gran mesa blanca. Cuando te diriges a ella, se te escapan una y otra vez las primeras sílabas de otros nombres, nombres de mujeres por las que alguna vez te interesaste. Te da vergüenza y dices que la belleza no se puede forzar ni planificar, igual que ella ha planificado su visita a tu casa. Y susurras que has tenido que borrar su nombre de tu memoria; que esa era la única

posibilidad. Ves que eso le alegra; pero, al mismo tiempo, crees haberle dado una señal clara a la sueca, que pasea por allí a un lado.

Caminas solo con Christiane por la playa y llegáis a un muelle adornado con guirnaldas de lucecitas. Pronto sientes sus ásperas tablas bajo tus pies descalzos; están más calientes que la arena. Mientras tu mano acaricia la barandilla del muelle a la luz de la luna, os adentráis cada vez más en el mar, cuando en la lejanía aparece un rostro luminoso . Es ella. Y se dirige hacia ti, cada vez más cerca. Sus rizos le enmarcan los hombros y el rostro con un resplandor. Unos pasos más y la sueca se detiene, tan cerca que te parece oír cómo le ondean los pantalones con el viento.

«¡Recuérdame!», dice ella.

«Sí», respondes.

Feliz, recorres con Christiane el camino por el que habéis venido hasta que vuelves a divisar la mesa blanca al pie de la duna, donde sus amigos siguen sentados. Los cigarrillos arden. Y, de repente, echas a correr y das una voltereta.

«No está mal, no está mal... ¿Pero también sabes hacer un salto mortal?», te grita alguien.

¡Pero si no lo has hecho para ellos! ¿Entonces para quién? Vuelves a tomar carrerilla, cada vez más rápido, saltas... alto... lejos... Al menos, así es como te lo ha parecido. Christiane se acerca y mide: «Cinco metros y sesenta». Es poco. Al fin y al cabo, has saltado cuesta arriba... Pero:

«¡Eso no ha sido nada!», se burla alguien del grupo.

Christiane te rodea la cintura con el brazo, parpadea con sus pestañas muy maquilladas y susurra: «A mí también me gusta mi hombrecito de chocolate de , aunque no sepa saltar muy lejos. A cambio, siempre toca el piano tan bien para mí».

Abres los ojos. Todavía es de noche. Dentro del saco de dormir, tu mano busca la cremallera y la abre. Te aflojas el cordón de la capucha, te incorporas y expones tu rostro al viento. Sopla con fuerza desde el mar. Enseguida sabes dónde estás, recuerdas la llegada tardía al pueblo y el trayecto hasta aquí, a la playa, para pasar la primera noche justo junto al océano. También recuerdas que has soñado.

Miras hacia fuera, más allá de la arena reluciente, hacia las olas que se desvanecen en espuma blanca. La luz de la noche les confiere ahora algo suave y acogedor, como una cama mullida en la que apetece acostarse. Incluso su murmullo parece más amortiguado. Por encima sigue brillando tranquilamente la luna, y una infinidad de estrellas brillantes se ha reunido a su alrededor. Un

equilibrio inusual, una armonía poco común la que han encontrado allí. Pero ¿y el sueño...? Apenas te lo preguntas, descubres algo un poco más abajo, en la orilla, a cierta distancia de ti. Pequeños puntos luminosos que se mueven, que desaparecen de repente para reaparecer acto seguido en otro lugar.

Aunque al cabo de un rato tienes la impresión de que el panorama general de esas pequeñas luces apenas cambia, los movimientos individuales y lentos de su existencia, en su mayoría breve, siguen pareciendo irrisatoriamente aleatorios una y otra vez. Pensativo, te asomas, intentas creer que se trata de una ilusión óptica, pero no lo consigues, al igual que no logras encontrar una explicación tranquilizadora para todo aquello. Al menos te sientes e , allí donde estás, a una distancia segura, cuando algo sale disparado de la nada por encima de ti.

«¡Vaya!». Se te pone la piel de gallina en la cabeza. El viento te refresca. «¿Qué ha sido eso? ¿Un animal? ¿Un pájaro?».

Tus manos se han hundido profundamente en la arena. Y esa playa te resulta inquietante. Entonces te fijas en el suave aleteo que el viento provoca con tu camisa, y vuelves a tranquilizarte. ¿Quizás las luces solo provienen de recolectores de ostras que aprovechan la marea nocturna? No, imposible. Porque ahora hay puntos aislados que se dirigen directamente hacia las olas, se desplazan

muy tranquilamente sobre ellas y luego se quedan flotando en el mismo sitio. Sí, flotando sobre el agua.

No consigues librarte de tu inseguridad. Y el hecho de que empieces a pensar en la llegada de la marea, que podría sorprenderte aquí hasta la mañana siguiente, no mejora las cosas. Entonces te das cuenta de que estás lo suficientemente lejos del mar. Durante unos instantes sigues con la mirada los puntos luminosos antes de acercarte a tu mochila, coger un bolígrafo y una agenda para anotar tu sueño a la tenue luz de una vieja linterna.

Cuando te despiertas poco después del amanecer, el cielo y el mar te deslumbran con sus tonos azules, blancos y anaranjados. Unos pescadores con trajes de botas de goma están recogiendo sus cosas. Y tú sales del saco de dormir al percibir detrás de ti a unos paseantes que, desde el paseo marítimo, te observan con miradas de asombro al darte los buenos días.

Aún adormilado, coges tus vaqueros, que yacen en la arena junto a la colchoneta aislante, te los pones y sonríes a los primeros visitantes de la playa, que ya no quieren molestarte y siguen su camino. Tú también te levantas para ir al coche a buscar algo para desayunar.

Sobre una manta extendida, disfrutas de leche, una tostada suave con queso y unas cuantas uvas. Lo que queda del viento te acaricia los brazos con su calor; bajo la piel, las experiencias de la noche te provocan un cosquilleo. Pero con las dulces uvas en la boca, el mundo esta mañana pronto no es para ti mucho más que el familiar sonido de las olas del mar.

Cuando terminas de comer, recoges tus cosas para tomarte un café en algún lugar del pueblo.

Has aparcado el coche en la plaza del pueblo y sales de él. Junto a un pequeño supermercado hay un bistró y entras. No es precisamente bonito, pero eso te importa poco, siempre y cuando el café con leche esté bueno.

Te sirven una taza de espuma cremosa con un remolino blanco y marrón en el centro. Junto con una cajetilla de cigarrillos. Con ambas cosas en las manos, atraviesas la austera y luminosa sala y te sientas en una de las mesas de plástico blanco. Escuchas alegremente el gorjeo de un pájaro, e incluso tienes la sensación de que ha empezado a contar sus historias solo ahora, desde que te has sentado junto a él.

En su jaula, colgada en lo alto de la pared, tiene un espejo con el que juega incansablemente con el pico. Mientras lo hace, canta al espejo cada vez con más intensidad, como si el ser e e que ve en él fuera lo más importante del mundo para él. Y uno se ve tentado a creer que, ante este canario cantor, tiene ante sí a la criatura más feliz del mundo, ya que nunca pierde de vista a su interlocutor: este le responde cada vez que se dirige a él, sale a su encuentro cada vez que él se acerca a él. Hasta... sí, hasta el momento en que el pájaro embiste el espejo con el pico cerrado: con fuerza, con más fuerza... y, finalmente, con tal ímpetu que el espejo gira sobre su propio eje, suspendido de su hilo, y su congénere en la jaula se desvanece como una ilusión. Pero, poco después, vuelve a tener su reflejo ante sí. Y empieza con cautela a gorjearle

de nuevo, a besarlo, a acariciarlo y... a reconciliarse con él, sin haber oído ni una sola vez otra voz que no sea la suya propia. Porque en su jaula —por muy desenfrenados y vanos que sean sus esfuerzos—, ese ser sigue siendo su único compañero.

¿Calypso? ¿Calypso?

Ah, ahí estás.

Binjamin se siente tan bien contigo. Y quiere que todo siga siempre tal y como está.

Jajaja.

© Esam Abou-El Magd 2026